

SUPO SER HOMBRE



Más que experto petrolero, jurista, político o ecólogo, Pérez Alfonso fue moralista, maestro, pedagogo. Un gran patriota. Lúcido en el pensar. Claro en el hablar. Recto en el actuar. Un hombre cabal, honrado, ¿qué más?

Más allá de sus clases magistrales, supo hacer de su vida una clase magistral, una sencilla lección de vida, un camino, una verdad. "Lo difícil no es morir; sino vivir una vida útil", dice a uno de sus nietos —para la Venezuela saudita— en su despedida final.

Más allá de sus títulos y conocimientos, supo realizar el papel más difícil en el gran teatro del mundo. El de saber ser hombre y comportarse como tal: lógico, laborioso, austero, probo. Un hombre de verdad. No es fácil en el mundo de los petrodólares —de grandes negocios, sobornos y comisiones— regados con barriles de Baco en alegres relaciones públicas...

En permanente equilibrio consigo mismo y con la naturaleza, no conoció la contaminación. Rechazó, por contaminante, todo halago; y, por honrado, el falso honor. Rebelde hasta la muerte, a la página social —reflejo de lisonja y corrupción—, se encerró en su monasterio. No estaba de acuerdo con el gran mundo circundante —depredador—, que empobrece al hombre y degrada al planeta con su irracional explotación.

En este sentido fue un místico franciscano —de la Rosa de la Montaña— y un revolucionario a lo Tolstoi. El aislamiento de los últimos años, sus prédicas desde el claustro de Los Chorros, las proclamas por una Venezuela inspirada en los sueños de El Tascal, las normas de su testamento en cuanto a sus despojos mortales..., son evidencias de un contestatario cuerdo, de un revolucionario insigne, de un guerrillero moral.

Por haber sabido ser hombre, fue siempre niño. Como el hombre nuevo que siempre camina adelante, sencillo, abierto, sin dobleces ni egoísmos, luchando por la Patria libre y por un mundo justo hasta el final.

Desde afuera han reconocido su pensamiento, su lealtad, su ser humanista, su integridad... Y nos han recordado la deuda que tenemos. "Su tamaño es tan grande como la vida —escribió desde Kuwait en su mensaje de condolencia el cofundador de la OPEP, Abduláh Al Tariki—, y Venezuela está en deuda con él por su empuje tenaz en defender sus intereses y preservar sus recursos naturales".

Es la gran deuda de Venezuela. Una deuda que todos debemos pagar. Más que por la defensa de sus valores materiales —que lo llevaron al arrepentimiento cuando vió sus efectos letales—, por la defensa integral de los valores que hacen Patria en un orden de justicia y libertad. Esta deuda —la gran deuda de Venezuela— no se paga con petróleo. Se paga con el esfuerzo, con trabajo, con disciplina, con dignidad. Hay que dejar, para ello, los antojos de niño malcriado que tenemos. Dejar la chupeta petrolera y ponernos a trabajar. Es hora de tomarnos la vida en serio. Nada más.

Amigo de esta casa y de la revista, que nos acompañó en los análisis de algunos problemas y en alguna visita a los barrios; que escrutaba en la Biblia al profeta Daniel buscando para Venezuela una explicación al sueño de Nabucodonosor y al Festín de Baltasar, comprendemos, con sus amigos y seguidores, la angustia de Pérez Alfonso. Angustia que es un reto a las presentes y futuras generaciones. Dar respuesta en Venezuela a las preguntas del Rey de Babilonia sobre su futuro incierto: ¿qué será del Reino ante la ambición de Medos y Persas?

En el ocaso de la Venezuela petrolera, la muerte de Pérez Alfonso nos ilumina y nos recuerda la Venezuela por realizar, la Venezuela de adentro, víctima de nuestra intoxicación de asfalto y cemento, que todavía pregunta y espera... hay preguntas que no pueden esperar más.